

pues de haberle engañado huye burlando su vigilancia; ya llama á la puerta del castillo disfrazado de peregrino, y se escapa furtivamente á la noche llevándose las mejores provisiones de la despensa de su huésped; tan pronto se finje gran señor como villano y siempre consigue el objeto que se propone, haciendo luego burla de la credulidad de su adversario. En la mayor parte de estas escenas, el zorro comete sus fechorías disfrazado de fraile, llevando algunas veces su audacia hasta cubrirse con los hábitos episcopales, apoyándose en el sagrado báculo, y siendo tanto mayores sus engaños cuanto más elevada gerarquía finje: simple diácono ó fraile miserable, se limita á hurtar jumentos ó gallinas, á beberse el vino de su enemigo y á lo más á usurpar su tálamo, mientras que hecho obispo ó legado del Papa comete las mayores infamias, mata, ultraja, roba y asesina; pero esto en pocos casos; lo general es verle, el hocico oculto bajo la cogulla del fraile, asaltar corrales y rediles, despensas y bodegas, despues de haber sido agasajado y obsequiado por el incauto *Isengrin*. Atribúyense al zorro en el poema todos los defectos, vicios y debilidades que aquejaban á las comunidades religiosas; la astucia, la mala fe, la avaricia, el perjúrio, la embriaguez, la gula y en alto grado la lujuria; al paso que se achacaban al lobo la crueldad, la tiranía, la arbitrariedad, la ignorancia, y el inmoderado afan de mando.

Es prodigioso el número de esculturas satíricas que se conocen inspiradas en pasajes distintos del poema que adornan, desde las más soberbias catedrales góticas, hasta los más humildes templos, y en los que muchas veces seria inútil querer encontrar alguna reproducción de determinados momentos del *Zorro*, porque el artista, ó no ha hecho sino esculpir vagas reminiscencias de la lectura, ó ha reproducido simplemente la leyenda, ó ha concebido su obra al mismo tiempo que ha labrado la piedra.

Una de las primeras apariciones del *Zorro* en la escultura es la simple reproducción de la antigua fábula oriental en que este animal consigue que la cigüeña le extraiga con su largo pico un hueso que tiene atravesado en la garganta, fábula que se vé esculpida en el capitel de una columna de la vieja catedral de Autun.

En la biblioteca de La Haya se conserva el célebre *misal ambaniense*, cuyas páginas están orladas con gran número de caprichosas composiciones, en que con frecuencia figura el *Zorro* vestido de

cortesano, y en el que el leon aparece, como rey de los animales, rodeado de magnates, cubiertos con los anchos ropones que usaban entonces los señores.

Thomas Wright, el historiador de lo grotesco en la literatura y el arte, dice que, en los vidrios pintados que adornan las ventanas de la iglesia de San Martín, de Leicester, se vé un zorro predicando desde el púlpito á un auditorio de gallinas y patos, á quienes repite aquella frase de la Escritura Sagrada: *quisiera teneros á todos en mis entrañas*.

Muchas de las columnas de la catedral de Strasburgo fueron en su origen ornamentadas con gran número de esculturas en que se hacia alusion al poema del *Zorro*, ó se reproducian algunos de sus pasajes. En 1617 se conservaba todavía el capitel de una de aquellas, que sostenia dos concepciones distintas que merecen ser conocidas. Representaba una el entierro del *Zorro*; sobre unas parigüelas llevadas por el macho cabrio y el jabalí, ambos molestados por un perrillo que les tiraba del rabo, iba tendido el cadáver del raposo; la liebre llevaba el cirio, el lobo la cruz, y el oso el agua bendita y el hisopo. La otra era la caricatura de la misa: en un pequeño altar, en que solo se veian el cáliz y el misal, oficiaba un ciervo, ayudado por un gato, mientras un burro leia los Evangelios.

Esta última parodia del culto católico dió lugar el pasado siglo á un proceso curioso cuyo detallado relato merece figurar en la historia de la intolerancia religiosa.

En 1728 vivia en Strasburgo un anticuario, librero de profesion, católico convertido, que reprodujo, grabándolas, las esculturas citadas. Tuvo noticia de ello la autoridad eclesiástica y el infeliz industrial despues de haber intervenido en la causa el Senado de la villa y el cardenal Rohan y, á pesar de sus protestas de ferviente catolicismo, fué condenado á perpéuo destierro, amen de confesar públicamente su delito, ignominiosamente expuesto á los ojos del pueblo en la puerta del templo, con una soga atada al cuello, y á ver las pruebas del grabado quemadas por la mano del verdugo, á quien tambien se dió orden de destruir el original que las habia inspirado.

Afortunadamente, no todas las esculturas análogas de aquella época sufrieron igual suerte, y en las iglesias de San Germán de los Prados, de Montemart, Eumoustier, Saint Taurin d'Evreu, Salig-

nac, Nanteuil, Santa María de Beberley, Nanwuhich y en muchas otras de Alemania, Holanda y Bélgica, existen mejor ó peor conservadas, muchas composiciones burlesco-esculturales en que figura como protagonista el taimado zorro.

En Italia, donde el estilo gótico no llegó á echar raíces tan hondas, son más raros aquellos trabajos, y en cuanto á España, muchos recordarán haberlos visto análogos en nuestras principales catedrales.

El Zorro ha sido uno de los grandes motivos de inspiracion para la caricatura; quizá el más importante de todos porque tuvo origen en las ideas, las costumbres y hasta los errores de su época, cumpliéndose así una ley que hace que la obra artística sea tanto más importante cuanto más y mejor refleje el medio social en que se produce.

Otros poemas inspirados en *El Zorro*, como *El Espejo de los tontos*, cuyo protagonista es el burro, y el *Fauvel*, en que un caballo desempeña el papel principal, han dado origen á gran número de caricaturas.

Otro de los grandes motivos de inspiracion para la caricatura en la Edad Media, es el diablo.

Ninguna religion positiva nos ha presentado, hasta ahora, como único principio el bien. Todas colocan junto á él, dándole gran importancia, el opuesto principio del mal; lo mismo las que prestan culto á la naturaleza, que las religiones del espíritu, le conceden un puesto principalísimo en sus teogonías. No puede decirse cuál era en el antiguo paganismo la encarnacion del mal, pues animados sus dioses de los mismos sentimientos de los hombres, todos padecían las mismas flaquezas de los que puede decirse que los habian hecho á su imagen y semejanza.

La religion de Fo afirma la existencia de demonios que coloca en el quinto círculo de la vida: el budismo nos presenta, además de Moissasur, jefe de los ángeles rebeldes, á Nivodi, rey de los génius perversos; las creencias egipcias tienen en Tifon el dios del mal; Numa creía en un espíritu de las tinieblas que sigue y amenaza á cada hombre; *El Génesis* afirma en los primeros versículos la existencia de los ángeles rebeldes; Mahoma nos dice que hay un infierno donde están las víctimas y los ejecutores de las venganzas celestes; el Cristo llama á Satán calumniador de sus hermanos; Con-

fucio, en este punto más atinado que todos los demás fundadores de secta, dice que las malas inclinaciones del hombre son los verdaderos espíritus malignos. Mas, no cumple á nuestro propósito examinar cómo han personificado el mal tan diversas creencias y supersticiones religiosas. Veamos sólo cuándo aparece, y qué es el diablo en las caricaturas de los siglos medios.

Pueblo hay, como Francia, donde no se le conoció hasta el siglo XI, y otros en que su poder fué efímero y rápida su decadencia. Figurábasele al principio como un sér horripilante, como un monstruo espantable que infundiese pavor al más incrédulo; pero desde el momento que la sátira le toma por su cuenta, va perdiendo prestigio hasta tal punto, que al llegar al Renacimiento, el soberbio Luzbel y el atezado Satanás, han perdido por completo toda su fuerza moral en las ciudades, y apenas si los sencillos habitantes de los campos le ven, de ocho á ocho dias, volar por los aires con gigantescas alas de murciélago, convocando á las brujas que han de acudir el sábado al impío aquelarre.

Pero, antes de iniciarse esta decadencia, el poder del diablo fué inmenso «suspéndense: para él, dice Lenient, las leyes del mundo físico, como las del mundo moral; pierden su impenetrabilidad la materia, su peso los cuerpos, su libertad las almas.»

En el siglo XIII estaba el diablo en todo su apogeo. Él inspira al viejo alquimista que busca la piedra filosofal, y á quien se aparece en las llamaradas que brotan del hornillo, rodeando el crisol en que se intenta componer el oro; él trae al oído de la orgullosa castellana los adúlteros galanteos del enamorado paje; él, tomando la forma de gallardo mancebo, turba la soledad del claustro, y deja caer como semilla de perdicion en el oído de las monjas las más ardientes frases, é imprime en sus bocas durante el casto rezo y el tranquilo sueño, besos que descolorando los labios encienden las mejillas; él aconseja el fraude al hebreo, la crueldad al rey, la traicion al noble, la mentira al plebeyo, la impiedad al fraile, y, tomando mil formas diferentes, aumenta sin cesar el número de los que gimen en su poder consumiéndose eternamente sin extinguirse nunca entre los fuegos del infierno. Tiene siempre en las representaciones de aquella época una figura horrible, es negro como el pecado, con cuernos cortos y puntiagudos, que recuerdan los de los aunos y sátiros paganos, garras de ave de rapina con qué sujetar

á los que aprisiona, alas con qué huir del bien y largo rabo con qué estrangular, como en algunas miniaturas se ve, á los que, una vez vendida el alma, no quieren entregarla por gozar del precio recibido.

Nada debe en rigor extrañarnos que los artistas de la Edad Media, interpretando el comun pensar de las gentes, ridiculizaran al diablo cuando en el mismo concepto ridiculizaban tambien las vidas de los santos, é importantísimos pasajes de las Sagradas Escrituras. Hasta Cristo dió ocasion á los joviales esparcimientos de su ánimo jugueteo y satírico parodiando los Evangelios: pruébanlo varias esculturas burlescas que de aquella época se conservan, entre otras, una que cita Thomás Wright y data de la segunda mitad del siglo XI, en que se labró la iglesia abacial de San Jorge, de Bosherville, fundada por Guillermo el Conquistador; representa la huida á Egipto: la Virgen montada en un burro, que San José guia del ronceal, lleva en los brazos al niño-Dios; las figuras están hechas con franca intencion de satirizar aquel dramático episodio de los primeros años de la existencia de Jesús, y puede añadirse que, solamente el pollino, aunque incorrectamente, parece haber sido dibujado en serio.

A decir verdad, no fué tan respetado el Viejo Testamento, pues David, degollando al gigante Goliat, Adán y Eva mordiendo la manzana, José dejando la capa en manos de la mujer de Putifar, el incesto de Loth con sus hijas, la embriaguez de Noé, y otros mil pasajes, sirvieron de pretexto á que escultores y tallistas se burlaran grandemente de los que tenian aquellos episodios por sagrados y del mismo libro en que se consideraban como tales.

No debe extrañarnos que quien hacia burla de tan respetables hechos, trazara tambien representaciones ridículas de esos refranes y proverbios que son muchas veces expresion del sentido práctico del vulgo. En un manuscrito conservado en Rouen, cuyas páginas están orladas de multitud de fantásticos y caprichosos dibujos, se vé una mujer que vacía ante dos cerdos una espuertallena de flores, alusion bien clara á aquella diccion que compara el ejecutar liberdades indiscretas, con *echar margaritas á puerocos*.

El no ver la paja en nuestro ojo, siempre ávido de descubrir la viga en el ageno, frase del Cristo en el sermon de la montaña, que hoy corre en boca aun de los ménos avisados, fué tambien aprove-

chada por los artistas de aquella época de tal suerte, que si no en la ejecucion de la línea, lleva en la intencion ribetes de sátira.

Las habituales ocupaciones y oficios de las más bajas clases sociales, fueron asimismo ridiculizados. Aun se conservan pergaminos cuidadosamente iluminados, y relieves groseramente esculpidos, en que se ven obreros ocupados en herrar á gansos, como pudieran hacerlo á caballos, y fabricantes de vitela enseñando al trabajar aquellas partes del cuerpo que la decencia exige llevar á cubierto de la mirada agena.

Las modas de los tiempos feudales, algunas tan incómodas como á propósito para provocar á risa, no pasaron sin que en ellas se celebrara la caricatura con burlas no desprovistas de gracia. El peinarse las damas con cuernos que ocultaban casi por completo la frente; el estrecharse exageradamente el talle, ó el fingirle colocado muy alto ó muy bajo; el uso de sombreros que afectaban la forma de un cono, de cuya cúspide pendía un velo desmesuradamente largo, y otras mil estravagantes maneras que tenian de ataviarse las señoras de elevada alcurnia, fueron continuo objeto de dibujos satíricos que tambien solian tener por causa los luengos ropones de anchas mangas, las gorras puntiagudas y los zapatos encorvados que usaban los señores de horca y cuchillo.

Las danzas de la muerte ó danzas macabras, tan frecuentes en la Edad Media, que, durante el Renacimiento tuvieron tanta importancia para la historia del arte, y de muchas de las cuales no se sabe si fueron ejecutadas con, ó sin intencion satírica, son representaciones burlescas, hijas de la tradicion y de las que no puede asegurarse si precedieron ó siguieron, aunque esto sea lo más probable, á las danzas populares que se ejecutaban públicamente en determinadas fiestas y solemnidades religiosas.

El primer poema notable sobre las *danzas macabras*, cuyo nombre se hace generalmente proceder del francés *Macaire*, data de los últimos años del siglo XV, pero en la anterior centuria Andrea Orcagna (1329-1389) habia ya pintado, más bien fijando una tradicion que obedeciendo á su propia inspiracion, en los frescos del Campo Santo de Pisa *el triunfo de la muerte*, sobradamente conocido para ser descrito de nuevo y en el cual colocó en la composicion del *juicio final* á sus protectores, entre los elejidos, y entre los condenados á sus enemigos.

Aquella sociedad inquieta, mal gobernada, en que era muchas veces débil el representante de la fuerza y siempre guerrero é inmoral el encargado de predicar la caridad y la paz, hizo de las danzas de muertos el símbolo, la representación del desprecio con que se miraba una vida que valía tan poco, al par que una alegoría del gran principio de la igualdad humana, por todos desconocida en fuerza de olvidada, pero que algunos sentían bullir en su imaginación como recuerdo vago ó presentimiento confuso.

Esqueletos descarnados y horribles, en cuyas órbitas vacías resplandece una luz fosfórica, débil á la vista y al corazón medrosa, armados de lanzas, hoces y guadañas, obligan en estas composiciones á bailar en rondas infernales y con posturas descompuestas, á hombres y mujeres, pobres y ricos, jóvenes y viejos: á todos igualmente acosan y persiguen, que todos son hijos del pecado, y juntos los oprimidos con los opresores, Papas, clérigos, reinas, barones, mag-nates, dueñas, guerreros, pajes, reyes y prelados, van envueltos entre el turbión de condenados á poblar aquellos lugares del dolor eterno, cuyos horrores aumentó con las negras sombras de sus apocalípticos tercetos el gran poeta florentino. La mitra y la corona, el casco, la toca, la cogulla y la tiara, todo cae segado por la guadaña de la muerte, sin que resistan unos más que otros, ni el acero se melle, ni el huesoso brazo que la maneja se fatigue. ¡Admirable sentido que encontró la única forma posible para expresar el principio de la igualdad en aquellos tiempos rejidos por leyes de castas y que, en fuerza de ser supersticiosos, desconocieron la misma divinidad en que creían!

Bajo el nombre genérico de *fiestas de los locos*, se conocen, en la historia de los siglos medios, ciertos regocijos públicos que las Iglesias griega y latina toleraban y autorizaban y en los que se cometían los mayores excesos.

Cuatro fiestas de este género se celebraban: la *de los diáconos*, la *de los inocentes*, la *de los locos*, propiamente dicha y la *del burro*. En días fijos, cada año permitía la Iglesia que los fieles renovaran aquellas fiestas báquicas, aquellas saturnales paganas, que más que religiosas eran orgiásticas é inmorales, y que si tuvieron razón de ser y satisfactoria explicación en las religiones que rendían culto á las fuerzas vivas de la naturaleza, carecen de todo fundamento y son absurdas dentro del cristianismo.

No fueron bastante para evitar su celebracion, ni las órdenes y los mandatos de los reyes, ni la suprema autoridad de los Concilios. En vano Carlos VII impuso severísimas penas á cuantos tomaban parte en ellas: en vano el Concilio de Orleans, en 533, las condenó duramente y el de Toledo, en 633, prohibió las danzas y los disfraces con que se profanaban los templos; en vano el de Constantinopla, de 692, las anatematizó también «porque contribuían á perpetuar el paganismo.»

Posterior á estas declaraciones y mandatos, en un proceso formado contra unas religiosas de Tours, por celebrar fiestas *barbatorias*, así llamadas por las largas barbas que desfiguraban las máscaras y carátulas que ocultaban los rostros. Hubo obispo, dice Gersson, que respondió á las órdenes del monarca que aquellas fiestas eran tan agradables á Dios como las de la Concepción de la Virgen.

Verificábanse las *fiestas de los locos* en los días de San Martín, San Nicolás, Santa Catalina, y otros santos; pero la principal, es decir la más larga, y que ocasionaba más desmanes, era la que empezaba el día de Noche-buena. Hombres, mujeres, niños, ancianos, clérigos, seglares, jóvenes y viejos, corrían por las ciudades gritando: ¡*Navidad!* ¡*Navidad!* y durante toda la noche atronaban los barrios inmediatos á la iglesia escogida para la celebracion de la fiesta, que era de ordinario la catedral, por ser la más espaciosa. Al día siguiente, San Estéban, elegían los diáconos, dice el erudito francés Lacroix, un papa ó patriarca de los locos, un obispo de los inocentes, y un abate de los tontos: el cuarto día de la fiesta, los subdiáconos empezaban el baile, y en la de los inocentes, cuyos principales actores eran los niños del coro y los clérigos subalternos, todos los grupos aclamaban al papa electo, quien, rodeado de los demás favorecidos, hacía triunfal entrada en el templo el día de la Circuncisión.

La autoridad de este pontífice, y el poder de sus magistrados, es decir, el *reinado de la madre locura*, duraba hasta la Epifanía. Sucedianse en estos días las más repugnantes escenas: las iglesias, monasterios y casas episcopales, se trocaban en teatro de inmundas orgías; hombres y mujeres se entregan á los mayores excesos: nadie ponía freno al licencioso cántico, ni tasa al prodigado vino, y hasta se llegaba á manchar con sangre las naves del sagrado

edificio, mientras los más atrevidos parodiaban los actos del culto.

Terminaban estos espectáculos, conocidos en algunos libros de liturgia católica con el nombre de *Libertad de Diciembre*, con la *Fiesta del burro*, última que se celebraba, de la cual no sabemos si pensar con Lacroix, que era una reminiscencia de las que celebraba el paganismo en honor del asno de Sileno, ó si era simplemente una alusión á la ignorancia del clero. Creen otros que se celebraban en recuerdo de la burra de Balán, del pollino que se dice habia en el establo de Belen cuando nació el Cristo, y del no ménos digno de memoria, sobre el cual hizo su entrada en Jerusalem. Vestido de pontifical, abrumado bajo el peso de costosísimas vestiduras bordadas de oro y plata, conducíase el pollino al templo, donde fingia tomar parte en la misa, trasladándose, oportunamente guiado, del sitio de la epístola al del Evangelio, mientras el pueblo mezclaba con las graves y solemnes voces del canto llano, los gritos avinados con que entonaba cánticos de prosa bíblica, y los niños agitaban incensarios colgados de embutidos en los que ardian materias cuya combustión esparcía en la atmósfera los más fétidos olores.

La representación de estos excesos, la reproducción por medio del lápiz de estas fiestas, dió origen á un sin número de composiciones, viñetas, orlas, adornos y dibujos que exornan misales, breviarios, libros de horas y de coro que se conservan, especialmente en las bibliotecas de Alemania y en la nacional de Francia.

De tales motivos de inspiración, con semejantes elementos y tal espectáculo ante los ojos, fácil es figurarse qué partido sacarían los dibujantes, hijos de aquel pueblo fanático, pero de criterio algo más elevado que el resto de sus oprimidos hermanos, y dispuestos siempre, según sus obras demuestran, á dejar en la piedra y la vitela una sátira contra las costumbres ó las ideas, ya que la caricatura personal era todavía imposible de hacer sin grave peligro de atraerse desgracias sin cuento.

La Edad Media ofrece, finalmente, una caricatura viva; el bufon: una creación que solo puede concebirse en una época en que, por lo general, los pueblos de cuyo seno salían aquellos infelices y repugnantes seres merecía la esclavitud en que gemían.

De muy antiguo databa ya en la Edad Media el mantener bufones en las cortes, no solo de los reyes sino también de los seño-

res feudales: cítanse, entre otros de los que se hicieron célebres, los arlequines contemporáneos de Atila y el Andrés, de Totila, que fué considerado como brujo. Más tarde habian de hacerse notables el Triboulet de Francisco I, el Gonella del duque de Módena, y el Angelly de Luis XIV, último bufon de los reyes de Francia.

Tampoco en España faltaron estos seres degradados. Llamábanse en Castilla antiguamente *matachines*, usaban carátula, traje ajustado hasta los piés y, como armas, espadas de palo ó vegigas llenas de aire.

Velazquez immortalizó en sus lienzos á varios sucesores de aquellos; al *Niño de Vallecas*, al *Bobo de Coria*, *D. Antonio el inglés*, *D. Sebastian de Morra*, *el Primo*, *Pernia*, y *Publillos de Valladolid*, *ruindades vivientes*, como las llama el ilustrado crítico D. Pedro de Madrazo, que no eran sinó bufones ú *hombres de placer* del rey que se dejó arrancar á Portugal, mientras el Buen-Retiro era lo que habia de ser más tarde, si no por su grandeza y lujo por sus inmoralidades y sus vicios, el Versalles de Luis XIV.

Los bufones eran hombres que, deformes desde su nacimiento ó su infancia, destinaban, tal vez sus mismos padres, para divertimento y solaz del poderoso, en aquellos ratos en que la crueldad y la guerra no absorbían todas sus ideas. Era el hombre envilecido desde la cuna y destinado á provocar la risa de los grandes; se le educaba pensando en su desgracia, crecía viéndose despreciado y sirviendo de diversion y ludibrio á la sociedad de su tiempo; sin más amigos que el pregonero y el verdugo, llegaba á odiar cuanto le rodeaba, y, trocada en hiel la sangre, solo para el mal tenia ingénio. Infería con la palabra heridas peores que las del hierro, y cuando en los palacios de los reyes, hombres ilustres aguardaban temerosos una mirada del soberano, él, el payaso, el despreciado, el envilecido, penetraba orgulloso y risible en la cámara real, y tal vez, pensando que era hijo del pueblo, que habia nacido para ciudadano libre y no para histrion esclavo, decía al rey mostrándose á si mismo: "hé aquí tu cbra."

IV

"Gracia, dice Stendhal, ateismo, venenos, mascaradas, asesinatos, algunos grandes hombres, un número infinito de malvados